

COMUNICACIONES

HERMENÉUTICA, POSTMODERNIDAD, VIOLENCIA

Por *Massimo Desiato**

Resumen

El objetivo de la presente comunicación estriba en mostrar que la hermenéutica postmoderna, al reducir el sentido a la mera voluntad impositiva del intérprete, no sólo se inscribe en el marco del nihilismo sino que se constituye como un acto violento. En efecto, al pasar por alto la existencia de un sentido previo al intérprete, la hermenéutica postmoderna niega toda voluntad de escucha del otro. En esta dirección, los textos no son pensados como actos comunicativos entre sujetos, sino tan sólo como "pre-textos" mediante los cuales los intérpretes satisfacen sus deseos expresivos. En el seno de este escenario desaparece todo tipo de diálogo. Por ello, consideramos que la hermenéutica postmoderna, en la medida en la cual se transforma en la actitud interpretativa dominante, tiene implicaciones sociales y políticas peligrosas. Nuestro trabajo analizará este problema a partir de un texto de Foucault, sugiriendo que el nudo central de la cuestión radica en la manera como se conciben el Origen y la Interpretación. En efecto, de la "insignificancia del origen" no se desprende sin más la "insignificancia de la transmisión de un conjunto de interpretaciones" (tradiciones). De esta manera, se pretende recuperar el valor de las tradiciones sin por ello declarar nulos los "derechos del intérprete".

Palabras clave: Foucault, hermenéutica, postmodernidad, violencia.

*Doctor en Filosofía. Director del *Centro de Estudios Filosóficos* de la Universidad Católica Andrés Bello y Profesor de Filosofía Contemporánea de la misma universidad.

Hermeneutics, Postmodern culture and Violence

By Massimo Desiato

Abstract

The objective of the following communication is to show that when postmodern hermeneutics reduce the sense of a text to the imposing will of the interpreter, it is not only inscribed in a nihilistic context, but it is also considered a violent act. As a matter of fact, when the existence of a previous interpretive sense is not taken into account, postmodern hermeneutics deny all will to the hearer. In this direction, the texts are not thought as communicative acts between subjects, but only as "pre-texts" through which the interpreters satisfy their expressive desires. In the core of this stage all dialog disappears. If this is so, we shall consider that postmodern hermeneutics, in the sense that it transforms into a dominant interpretative attitude, has dangerous political and social implications. Our work will analyze this condition, using a text from the author M. Foucault, suggesting that the core of the question should be based on how Origin and Interpretation are conceived. As a matter of fact, the "insignificance of the origin" is not generated from the "insignificance of the transmission of a set of (traditional) interpretations". In this way, we intend to recuperate the traditional values to declare null the "the rights of the interpreter".

Key words: Foucault, Hermeneutics, Postmodern culture, Violence.

La historia de la hermenéutica es larga y compleja, a tal punto tejida por una pluralidad de matices y de inflexiones, que destacar algún aspecto con mayor énfasis implica alterar el equilibrio que en mi opinión ha de ser constitutivo al arte de interpretar. Me propongo seguir simplemente un itinerario entre muchos otros posibles. Mostraré hasta qué punto la hermenéutica postmoderna se convierte en una práctica violenta en la que desaparece toda la alteridad, y con ella, la posibilidad de una postura ética. Asimismo, sugeriré que al perder la dimensión ética, la hermenéutica postmoderna se incapacita para reconocer la diferencia y para practicar una política de acercamiento entre valores y culturas profundamente disímiles, algo que los postmodernos dicen querer hacer. Sostendré, como se ha venido haciendo de un tiempo para acá, que la hermenéutica, entendida en una acepción más clásica, no es sólo un método para trabajar con los textos, sino una de las versiones de la ética que mejor se adapta al pluralismo contemporáneo. Para analizar estos aspectos, y por obvias razones operativas relativas al tiempo a mi disposición, tomaré a Foucault como representante de la hermenéutica postmoderna y lo confrontaré con mi posición elaborada a partir de algunas acotaciones de Ricoeur, Eco y Sartre.¹

Una de las definiciones más tradicionales de la hermenéutica es aquella según la cual el primero y más básico trabajo de la interpretación consiste en identificar la intención de univocidad en la recepción de los mensajes con el fin de restaurar su sentido.² He dicho "intención de univocidad" y no simplemente "univocidad", porque al escribir, así como al hablar, el lenguaje empleado, sobre todo en las denominadas "ciencias humanas", es polisémico. La actividad de discernir un mensaje relativamente unívoco construido sobre la base polisémica del léxico común tipifica la hermenéutica que se asume, de esta manera, como "voluntad de escucha".³ En otros términos, lo que anima al

¹ Al elaborar mi posición uso pasajes de Ricoeur, Eco y Sartre. En consecuencia, la presente comunicación no se encamina a efectuar una exégesis de estos autores.

² "El problema de la interpretación indica toda intelección del sentido específicamente dirigida a las expresiones equívocas. La interpretación es la intelección del doble sentido." (RICOEUR, P.: *De l'interprétation. Essai sur Freud*, Éditions du Seuil, París, 1965, p.18). Traducción nuestra. De ahora en adelante, T.N.

³ Cfr. RICOEUR, P.: *Ibid.*

hermenéuta, dentro de este enfoque, es la búsqueda de un sentido expresado en un texto, por su naturaleza siempre ambiguo. Lejos, entonces, de hacer estallar el texto en una pluralidad de direcciones, la tarea de la interpretación radica en unificarlo para alcanzar una mayor comprensión del mensaje.

La operación no es nada sencilla, pues en seguida surge una dificultad. El texto escrito imposibilita las condiciones del diálogo, a saber, la alternancia de las preguntas y respuestas. Se requiere así de un conjunto de técnicas específicas para elevar el discurso a la cadena de los signos escritos y discernir el mensaje a través de las codificaciones yuxtapuestas propias de la realización del discurso entendido como texto. Por texto entendemos, siguiendo tanto a Gadamer como a Ricoeur, un discurso fijado en la escritura. Según esta definición, la fijación escrita es constitutiva del texto mismo. Un texto fija entonces un discurso que, seguramente, se hubiese podido decir, pero que, precisamente, se ha escrito porque no ha sido dicho. La posición hermenéutica que estoy esbozando determina que la función de la lectura con relación a la escritura estriba en identificar la relación existente entre el querer-decir del enunciado y la escritura. De hecho la escritura exige una interpretación, de tal manera que leer es siempre interpretar. El lector asume la posición de alguien que escucha, así como la escritura toma la posición de la locución y del locutor.

Sin embargo, es importante destacar que la relación entre escribir y leer se configura de manera distinta de la relación entre hablar y responder. No se trata simplemente de una interlocución, de un diálogo. Como lo señala Ricoeur, no es suficiente afirmar que la lectura es un diálogo con el autor a través de su obra, porque el escritor no responde al lector.

“Más bien hay que decir que el libro separa en dos vertientes los dos actos incommunicantes del escribir y del leer; el lector está ausente en la escritura y el escritor se encuentra ausente en la lectura. El texto produce así un dúplice ocultamiento del lector y del escritor.”⁴

¿Qué sucede entonces a partir de este ocultamiento? Para los fines de nuestra labor, lo más importante consiste en desta-

⁴ RICOEUR, P.: *Du texte à l'action. Essais d'herméneutique II*, Éditions du Seuil, Paris, 1986, p.135. T.N.

car la transformación que sufre la relación referencial entre lenguaje y mundo, cuando el texto toma el lugar de la palabra. Por relación referencial entendemos que el sujeto de un discurso, hablando a otro locutor, dice algo sobre algo otro; aquello de lo cual habla es el referente de su discurso.

“Esta función referencial es a tal punto importante que logra compensar de alguna manera otra característica del lenguaje, aquella de separar los signos de las cosas. De esta manera, cada discurso está, en cierto nivel, vinculado al mundo.”⁵

Cabe añadir que esto es así porque el interior de un lenguaje es también un exterior; el “interior” está constituido como una incesante apertura hacia el “exterior”, una constante autosuperación o desplazamiento hacia objetos que desmantela la distinción entre inmanente y trascendente, dado que uno está inscrito en el otro. Habitar el lenguaje es ya, de igual manera, habitar bastante más que eso, y nuestro lenguaje nos informa exactamente de lo que trasciende al lenguaje. El discurso puede estar obcecado, sin duda, pero no porque el lenguaje se interponga entre el yo y el mundo.

Me parece que el nudo de la cuestión, con relación a la hermenéutica postmoderna, y en particular en Foucault, se encuentra aquí. Según este autor Marx, Nietzsche y Freud habrían modificado profundamente el espacio de división en el que los signos pueden ser signos.

“A partir del siglo XIX, con Marx, Nietzsche y Freud, los signos se escalonaron en un espacio más diferenciado, partiendo de una dimensión a la que podríamos calificar de profundidad, siempre que no entendiéramos por esto interioridad, sino por el contrario, exterioridad.”⁶

Según la lectura que Foucault realiza, estos tres pensadores nos habrían enseñado que la interpretación se vuelve siempre sobre sí misma, es decir, que el referente de la interpretación ya no es sólo el mundo sino otra interpretación y que en cuanto tal, la tarea de interpretar es algo que no acaba nunca.

⁵ *Ibid.*, p. 136. T.N.

⁶ FOUCAULT, M.: *Nietzsche, Marx, Freud*, Anagrama, Barcelona, 1970, p. 29.

“Lo inacabado de la interpretación, el hecho de que sea siempre fragmentada, y que quede en suspenso al borde de sí misma, se encuentra de manera bastante análoga, en Marx, Nietzsche, Freud, bajo la forma de negación del comienzo.”⁷

Este pasaje de Foucault se vincula directamente con el parágrafo 44 de *Aurora* titulado “Origen y significado”. Aquí Nietzsche afirma que *“con la plena cognición del origen se incrementa la falta de significado del origen.”*⁸ Las cosas dejan de significar algo fuera de lo que la voluntad del intérprete desea que signifiquen. El sentido no reposa en el mundo, más bien éste último se reduce a una materialidad bruta, inerte, a la espera de la imposición de sentido procedente del hombre que interpreta. Como lo hace notar Gadamer, comentando a Nietzsche,

“...la interpretación es lo que ofrece la mediación nunca perfecta entre hombre y mundo, y en este sentido la única inmediatez y el único dato real es que comprendemos algo como “algo”.”⁹

La consecuencia de este proceder es que la realidad “dada” es inseparable de la interpretación.

“Sólo a la luz de la interpretación algo se convierte en “hecho” y una observación posee carácter informativo. (...) Pero esto significa en definitiva que la interpretación no es un recurso complementario del conocimiento, sino que constituye la estructura originaria del ser-en-el-mundo.”¹⁰

Gadamer imprime otro sesgo a la acotación de Nietzsche, un sesgo que no me es posible analizar aquí. Lo que me interesa es mostrar lo que Foucault hace con esta vertiente abierta por el autor del *Zaratustra*. Al respecto Foucault es tajante. Afirma que,

“...si la interpretación no se puede acabar jamás, esto quiere decir simplemente que no hay nada que inter-

⁷ *Ibid.*, p. 32.

⁸ NIETZSCHE, F.: *Morgenröthe en Werke*, Colli, Montinari., Walter de Gruyter, Berlín, 1967. T.N.

⁹ GADAMER, H.G.: *Verdad y método II*, Sígueme, Salamanca, 1992, (1986), p. 327.

¹⁰ *Ibid.*, p. 328.

pretar. No hay nada absolutamente primario para interpretar, porque en el fondo ya todo es interpretación, cada signo es en sí mismo no la cosa que se ofrece a la interpretación, sino la interpretación de otros signos. Si se prefiere, no ha habido nunca un interpretandum que no fuera ya interpretans, y es una relación más de violencia que de elucidación la que se establece en la interpretación. En efecto, la interpretación no aclara una materia que con el fin de ser interpretada, se ofrece pasivamente; ella necesita apoderarse, y violentamente, de una interpretación que está allí, que debe trastocar, revolver y romper a golpes de martillo.¹¹

Como puede verse con relativa facilidad, Foucault no advierte lo que Ricoeur ha llamado el mecanismo de compensación del lenguaje, a saber su relación referencial. No quiere reconocer que el signo, por más ambiguo que pueda ser, y en cuanto tal volcarse sobre sí mismo,

“...supone que se pueda a voluntad atravesarlo como un cristal y perseguir más a la cosa significada o volver la vista hacia su realidad y considerarlo como objeto.”¹²

Al dinamitar la función referencial, acentúa la separación entre signo y cosa para declarar, siguiendo a Nietzsche, la cosa misma sin sentido fuera de la imposición de la interpretación. Llega a dar un paso más para declarar que la hermenéutica no tiene nada que ver con los signos, pues, según él,

“...la vida de la interpretación es el creer que no hay más que interpretación. Me parece que es necesario comprender algo que muchos de nuestros contemporáneos olvidan, esto es, que la hermenéutica y la semiología son dos feroces enemigos. Una hermenéutica que se ciñe a una semiología tiende a creer en la existencia absoluta de los signos. (...) La muerte de la interpretación es el creer que hay signos que existen primariamente, originalmente, realmente como marcas coherentes, pertinentes y sistemáticas.”¹³

Con esto Foucault olvida en primer lugar que el asunto en el propio Nietzsche no es en absoluto claro, pues es el autor ale-

¹¹ FOUCAULT, M.: *Ibid.*, pp. 35-36.

¹² SARTRE, J.P.: *¿Qué es la literatura?*, Losada, Buenos Aires, 1990, p. 49.

¹³ FOUCAULT, M.: *Ibid.*, p. 41.

mán quien afirma que al fin y al cabo es *la verdad una mujer, no hay que hacerle violencia*. En consecuencia, en la misma materialidad textual nietzscheana es posible encontrar una visión del conocimiento como fuerza, imposición, voluntad de poderío, mera expresión del intérprete, al lado de una actitud de progresivo “desvelamiento” de la verdad, que impide el uso de la violencia. En segundo lugar, y al margen de los difíciles problemas de interpretación de la obra fragmentaria de Nietzsche, asunto más importante para lo que me he propuesto, Foucault enfatiza a tal punto los derechos de la interpretación que la misma noción de texto desaparece. Al igual que las cosas y el mundo, el texto para Foucault termina siendo, según una expresión de Eco, “...un picnic donde el autor trae las palabras y los lectores el sentido.”¹⁴ Y esto me parece difícil de aceptar, porque a pesar de todo, las palabras que el autor trae, constituyen de todas formas una evidencia bastante incómoda que el lector no puede pasar por alto. Al respecto Eco indica que,

“...interpretar un texto significa explicar porqué estas palabras pueden hacer algunas cosas (y no otras) mediante la manera en la cual son interpretadas. Si Jack el Destripador nos dijera que ha hecho lo que hizo sobre la base de su interpretación del Evangelio según Lucas, tengo la sospecha que inclusive muchos críticos deconstruccionistas se inclinarían a pensar que él haya leído San Lucas de una manera bastante poco razonable.”¹⁵

El ejemplo de Eco, de por sí extremo, nos permite detenernos en las afirmaciones de Foucault para mostrar que en ellas hay una inferencia incorrecta. En efecto, una cosa es rechazar la creencia de que los signos son de por sí absolutos, esto es, que de por sí aportan una sola solución, un solo y único sentido, y otra es eliminar por completo los signos diciendo que al fin y al cabo todo es interpretación. Puede uno estar de acuerdo en que los signos no son absolutos, ni coherentes y sistemáticos, y aún así no renunciar completamente a ellos. Ciertamente, Foucault no dice textualmente que no hay signos, ni realidad en lo más mínimo. Afirma que no hay signo ni realidad que no se encuentre interpretada, pero enfatiza a tal punto la interpretación que bien pronto el signo y la realidad desaparecen, tragadas por el acto hermenéutico. En mi opinión no repara en que una realidad, o

¹⁴ ECO, U.: *Interpretazione e sovrainterpretazione*, Bompiani, Milano, 1995, p. 34.

¹⁵ *Ibidem*.

un texto, puede admitir diversas interpretaciones, distintos significados sin por ello llegar a admitir cualquier interpretación, cualquier sentido. Los signos pueden ser lo suficientemente indeterminados como para proporcionar al intérprete cierto margen de maniobra - lo que podemos llamar sus derechos - y aún así limitar la acción interpretativa. Podemos pensar en los signos como marcos de referencia cuya interioridad alberga diversos significados, pero fuera de los cuales no es posible ir sin pagar el precio de la completa arbitrariedad, exponiéndose luego a ejemplos como el de Jack el Destripador. Según mi visión, decir que un signo es primario no conduce necesariamente a afirmar que él indica claramente un significado. El signo, tal como lo estoy entendiendo, es el que dice "no" a ciertas interpretaciones, de manera tal que su ser primario consiste en hacer que algunas interpretaciones sean viables descartando otras. Así, aun cuando puede uno estar de acuerdo con Foucault respecto de la inexistencia de signos no interpretados, se puede diferir de él cuando afirma que la interpretación se vuelve sobre sí misma porque no hay nada que interpretar salvo interpretaciones.¹⁶

Pero hay más. Aún admitiendo la inexistencia de signos, como pretende Foucault, ¿por qué el modelo ha de ser sólo el de la imposición de sentido, el de la violencia? Si la interpretación lo que hace es interpretar otras interpretaciones, cabe ver en estas otras la obra de otros hombres. ¿Por qué la relación entre hombres que valoran de manera distinta debe regirse por la violencia y no por el intento de comprender tales diferencias? ¿No es, en más de un sentido, la obra de Foucault un intento por defender el derecho a la diferencia y las minorías de todo tipo, presos, homosexuales, locos, enfermos? Si todo se reduce a imposición y violencia, ¿por cuál razón los poderes constituidos no han de hacer valer su interpretación a tal punto de hacerla pasar como signo absoluto? ¿No estaría Foucault socavando sus propias bases al reducir todo a la violencia? Cabe perfectamente concebir la interpretación como un ofrecimiento, como un don, mejor aún, como una invocación o llamamiento. Podríamos afirmar entonces que la interpretación es para-ser-dada y en cuanto tal, nunca la propiedad de un sujeto absoluto, plenamente soberano de sí, sino justamente aquello que media entre los sujetos. Veríamos

¹⁶ Vale decir, al ser los signos y la realidad misma relativamente indeterminada se encuentran a la espera del hombre, del intérprete, para determinarse ulteriormente. Por esta razón todos los signos se encuentran interpretados, pero de ahí, como ya hemos apuntado, no se desprende que no haya signos.

entonces la interpretación como un fenómeno constitutivamente intersubjetivo. Si Pedro me muestra por ejemplo una mesa, la veo *a través* de su conducta, actitud, conciencia. Lo que veo del objeto es lo ya visto e interpretado teórica y prácticamente por otros hombres. Igual sucede con los textos. Todos conocemos la experiencia de introducirnos en algún texto particularmente complejo a través de otro texto, sin que pensemos que este otro texto se reduzca a imponer un sentido. Más bien, si el texto que introduce parece respetar la materialidad textual de la obra que comenta, sentimos que nos ayuda a comprenderlo.

En resumidas cuentas, creo que hay imposición de sentido cuando se sobreinterpreta un texto, es decir, cuando se omiten sus signos, sus marcos de referencias, que pueden ser todo lo plural que se quiera, pero nunca ilimitados. Desde luego, uno puede ver un texto a la luz de lo ya visto por otro y luego o no estar de acuerdo o inclusive *ir más lejos*, sobrepasarlo sin violencia, conducirlo, desde sus propias referencias, a decir algo nuevo. Lo nuevo no puede ser sólo producto de la violencia. Cabe decir lo nuevo respetando los derechos del texto, mostrando al mismo autor que su texto contenía elementos que él como lector de su propia obra no supo avizorar. Esto es algo que la hermenéutica sabe desde Scheleiermacher. Dentro de esta óptica, contrapuesta a la de Foucault, la interpretación es desvelamiento e iluminación progresiva de las potencialidades de un texto.

Ahora bien, me parece que alguien puede imponer un sentido a un texto si decide de entrada no interpretarlo, sino *usarlo*. Esto es razonable, siempre y cuando se lo diga, evitando confundir el uso de un texto con su interpretación. Y hasta caben compromisos. Puede uno efectuar exégesis parciales con el fin de usar un texto. Esto es legítimo. Pero no lo es afirmar que la única solución es imponer un sentido, no respetar los derechos del texto, del autor que lo escribió en aras de los derechos del intérprete. Porque el intérprete no está solo. No se trata simplemente de que pertenece a una comunidad interpretativa, sino que el texto es un otro respecto de él y en cuanto diferente portador de un derecho a ser escuchado. Puedo conceder también que se sospeche de un texto, que se ejerza contra y sobre él una voluntad de sospecha, pero sólo si ésta contiene algún momento de escucha. La mera voluntad de sospecha, librada a sí misma, rompe toda comunicación y encierra en un monólogo más o menos coherente — en algunos casos deliberadamente incongruente — cercano a

una suerte de narcisismo intelectual, de mera expresión de sí. Algunos dirán que la hermenéutica es también un ejercicio de autocomprensión, que es a través de los textos como uno se comprende mejor a sí mismo. Estoy lejos de negar este hecho. Empero, obsérvese que en este caso también se necesita de un otro. De no haberlo, la autocomprensión no pasaría de ser una introspección inmediata. La autocomprensión demanda un otro que medie mi propio ser, que permita que mi reflexión se alimente de fuentes distintas a las que más o menos espontáneamente brotan de mi experiencia inmediata.

Finalmente, la operación realizada por Foucault tiende, en mi opinión, a confundir la prosa con la poesía.¹⁷ Lo que en él es afortunadamente una tendencia, en muchos otros autores postmodernos se convierte en la regla. Al respecto Sartre hace notar que el escritor, a diferencia del poeta, trabaja siempre con significados que se anclan en signos. *"El imperio de los signos es la prosa."*¹⁸ Esto es así porque el escritor utiliza el lenguaje para describir y caracterizar la realidad.

*"Los poetas son hombres que se niegan a utilizar el lenguaje. Ahora bien, como es en y por el lenguaje, concebido como una especie de instrumento, la manera en que se busca la verdad, no hay que imaginarse que los poetas traten de discernir lo verdadero y exponerlo. No sueñan tampoco en nombrar al mundo y, verdaderamente, no nombran nada, pues la nominación supone un perpetuo sacrificio del hombre al objeto nombrado."*¹⁹

Precisamente porque rehusa nombrar y exponer el mundo, el poeta, a diferencia del escritor, no puede comprometerse.

¹⁷ Ofrezco algunas ilustraciones de esta tendencia. En *Theatrum Philosophicum* abundan expresiones parecidas a esta: "Resumamos: en el límite de los cuerpos profundos, el acontecimiento es un incorporal (superficie metafísica); en la superficie de las cosas y de las palabras, el incorporal acontecimiento es el sentido de la proposición (dimensión lógica); en el hilo del discurso, el incorporal sentido-acontecimiento está prendido por el verbo (punto infinitivo del presente)." (p. 19). También: "El pensamiento aparece como una verticalidad de intensidades, pues, la intensidad, mucho antes de ser graduada por la representación, es en sí misma una pura diferencia: diferencia que se desplaza y se repite, diferencia que se contracta o se ensancha, punto singular que encierra o suelta, en su acontecimiento agudo, indefinidas repeticiones. Es preciso pensar el pensamiento como irregularidad intensiva. Disolución del yo." (p. 30). O en *El pensamiento del afuera*: "La ley es esa sombra hacia la que necesariamente se dirige cada gesto en la medida en que ella es la sombra misma del gesto que insinúa." (p. 46).

¹⁸ SARTRE, J.P.: *Ibid.*, p. 48.

¹⁹ *Ibid.*, pp. 48-49.

“El escritor señala, demuestra, ordena, niega, interpela, suplica, insulta, persuade, insinúa. Si lo hace huecamente, no se convierte en poeta por eso; es un prosista que habla para no decir nada.”²⁰

Esta acotación de Sartre, realizada en 1947, es una crítica anticipada de mucha prosa postmoderna, hueca, que “habla para no decir nada”. Porque el meollo de la prosa, como ya hemos indicado, radica en designar objetos, y no en agradar o desagradar. Por ello, sigue diciendo Sartre,

“...nos sucede a menudo que estamos en posesión de cierta idea que nos ha sido enseñada con palabras, sin que podamos recordar ni uno solo de los vocablos con que la idea nos ha sido transmitida. (...) Hay prosa cuando la palabra pasa a través de nuestra mirada como el sol a través del cristal.”²¹

Dentro del enfoque sartreano la palabra es un momento de la acción y no se comprende fuera de ella.

“Hablar es actuar: toda cosa que se nombra ya no es completamente la misma: ha perdido su inocencia. (...) Al hablar descubro una situación para cambiarla.”²²

Al rechazar el signo, Foucault se coloca, de manera si se quiere paradójica respecto de las intenciones de su obra y de su actividad política, fuera de la posibilidad de comprometerse y de actuar. Y como veremos al final de la presente comunicación, esta es una crítica que puede dirigirse a gran parte de la postmodernidad, teóricamente subversiva, pero prácticamente cómplice de las actuales condiciones históricas en las que, es oportuno recordarlo, hay mucha gente que sufre y que aguarda por una transformación del mundo. No obstante, no se puede transformar el mundo sin describirlo y exponerlo, sin efectuar un diagnóstico. Es el propio Foucault quien habla de la actividad filosófica como diagnóstico del presente, y de facto muchos de sus textos nos ayudan a comprender mejor la realidad, piénsese de pronto en *Vigilar y castigar*. De hecho, me encuentro lejos de afirmar que Foucault no se interesa por la realidad y su transformación. Sólo estoy sugiriendo que lo que

²⁰ *Ibid.*, p. 54.

²¹ *Ibid.*, pp. 54-55.

²² *Ibid.*, p. 56.

dice respecto de los signos y la interpretación no es consistente con lo que animó su actividad tanto de escritor como de hombre comprometido en la lucha contra los poderes constituidos.

Creo que después de estas consideraciones es oportuno atar cabos y volver a preguntar, qué sucede con la definición de hermenéutica inicialmente ofrecida por mí, según la cual el primero y más básico trabajo de la interpretación consiste en identificar la intención de univocidad en la recepción de los mensajes. He concedido algunos puntos importantes a Foucault, a pesar de haber rechazado el grueso de su propuesta, que espero no sea una imposición. He reconocido en primer lugar que los signos pueden no ser absolutos. En segundo lugar, que precisamente porque muchas veces no lo son, ellos son indeterminados y albergan una pluralidad de interpretaciones. En tercer lugar, que un texto puede no ser interpretado sino sólo usado, mientras se lo afirme explícitamente. Finalmente, que los textos pueden servir para la autocomprensión del lector, independientemente de las intenciones del autor y del mismo texto. A la luz de estas concesiones la definición inicial de hermenéutica, a saber, la búsqueda de la intención de univocidad tanto del autor como del texto es problemática, razón por la cual me dispongo a replantearla.

Ya hemos indicado que cuando el texto toma el lugar de la palabra, acontece algo importante. En el intercambio de palabras los locutores se encuentran mutuamente presentes, en una relación "cara a cara", pero al mismo tiempo está presente también la situación, el ambiente, las circunstancias del discurso. Sólo con relación a tales circunstancias el discurso alcanza su plena significación; la referencia a la realidad es, en última instancia, referencia a una realidad determinada. Así en el intercambio de palabras el sentido ideal de aquello que se dice se vuelve hacia la referencia real, es decir, hacia aquello sobre lo cual se habla. El sentido se agota en la referencia y ella desaparece en el indicar. Pero en el caso del texto, el movimiento de la referencia hacia la indicación es interceptado por el texto mismo que interrumpe el diálogo. Interceptado no significa suprimido. Por así decirlo, el texto pone entre paréntesis la situación de diálogo, pues, por más que el texto no es diálogo, no podemos eliminar de él por completo la intención del autor y sus derechos. Como lo hace notar Sartre, a muchos,

“...no les importa lo que el autor ha querido decir y, en verdad, encaran un libro como slogan que, durante algunos días o meses, congregará un ejército de lectores. Ven en él una producción espontánea de la conciencia colectiva, algo como una institución.”²³

De esta manera, la referencia del texto está conformada por lo que el autor quiso decir con él (derechos del autor),²⁴ por el significado de sus enunciados (derechos del texto)²⁵ y por el margen de lectura que el texto concede al lector (derechos del intérprete). La tarea de la interpretación radica en construir la referencia del texto preservando el equilibrio entre autor, texto e intérprete. Llamaré a este equilibrio “ética de la interpretación”.²⁶

Sin embargo, concedo como legítima la operación mediante la cual el lector mantiene el texto suspendido y su referencia postergada, porque,

“...gracias a esta obliteración de la relación con el mundo, cada texto es libre de entrar en relación con todos los otros textos que tomarán el lugar de la realidad circunstante exhibida por la palabra viva.”²⁷

Este fenómeno destacado por Ricoeur se denomina “intertextualidad”. Personalmente agregaré, que la intertex-

²³ *Ibid.*, p. 31.

²⁴ Respecto de la noción de autor, quisiera hacer constar lo siguiente. Cuando el texto sustituye a la palabra la relación entre la subjetividad de la persona que escribe y su propio escrito se vuelve compleja. En alguna medida, mientras el autor escribe el texto, el texto configura al autor; el texto es también el lugar de acontecimiento del autor. Sin embargo, no llevaría tal enfoque al extremo de declarar la muerte de la noción de autor como hace Foucault. Me encuentro más próximo a lo que Mauro Ferraresi denomina “Autor Umbral”. Por tal expresión, ha de entenderse el umbral existente entre la intención de un determinado ser humano y la intención lingüística exhibida por una estrategia textual. Por esta razón, la lectura que el autor realiza de su obra forma parte ya del fenómeno de alejamiento y alienación. Véase, ECO, U.: *Ibid.*, p. 84.

²⁵ Estos derechos del texto, como lo hace notar Ricoeur, son tales que permiten una triple autonomía: respecto de las intenciones del autor, frente a la situación cultural y los condicionamientos sociológicos de la producción del texto y, finalmente, en relación con el destinatario original. “Es propio de la obra de arte, de la obra literaria trascender las propias condiciones psico-sociológicas de producción para abrirse a una serie ilimitadas de lecturas, ellas mismas ubicadas en contextos socio-culturales siempre distintos. En resumidas cuentas, es propio de la obra decontextualizarse, sea desde el punto de vista psicológico como sociológico, y poder recontextualizarse: en ello consiste el acto de la lectura.” (RICOEUR, P.: *Ibid.*, p. 353). A título personal, añado que es precisamente esta capacidad del texto la que hay que controlar para evitar la anulación de los derechos del autor y del intérprete.

²⁶ La expresión ha sido utilizada por Vattimo, pero aquí se la emplea en otro sentido, esto es, como equilibrio entre autor, texto e intérprete.

²⁷ *Ibid.*, p. 137.

tualidad no ha de ser salvaje, esto es, que los textos con los cuales una obra entra en contacto han de respetar los límites propios de su estructura. Cuando la intertextualidad se vuelve salvaje el texto estalla en una pluralidad de direcciones que tienden a eliminarlo, dejando al intérprete en la situación de soberano absoluto, o, peor aún, para aquellas posiciones que eliminan el sujeto y, por consiguiente, tanto al autor como al intérprete, haciendo que el lenguaje reine soberano en calidad de estructura impersonal.

El hecho de poder constituir la referencia del texto mediante la interpretación, nos permite afirmar, siguiendo a Ricoeur, que los textos pueden ser, además de interpretados, explicados. Mediante la posibilidad de suspender el texto, tratándolo como texto sin mundo y sin autor, podemos explicarlo a través de sus relaciones internas, sus estructuras. Una vez realizada esta operación, podemos eliminar la suspensión del texto y llevarlo a su plenitud en la palabra, restituyéndolo a la comunicación viviente, interpretándolo. De esta manera, respetamos los derechos de cada quién, autor, texto e intérprete y damos cumplimiento a lo que he denominado ética de la interpretación. Cuando el texto ha sido explicado e interpretado, el lector puede adueñarse de él y devenir autointerpretación de un sujeto que, mediante tal operación, se comprende mejor a sí mismo a partir de lo que le es otro. En esta dirección, la interpretación "acerca", vuelve similar y contemporáneo lo extraño y lo lejano y se convierte en una herramienta de consenso entre diferencias.

Tras estas consideraciones, la búsqueda de la intención de unificación se convierte en el intento de mostrar qué quiso decir un autor, qué cosas dice efectivamente un texto, a veces inclusive en contra de lo que su autor quiso decir, y qué cosa dice y expresa el intérprete que se entrega a la labor hermenéutica. Se trata de una empresa de aclaración de las estructuras y de los mensajes que, bien puede reconocer la imposibilidad de llegar a un único, exclusivo significado, pero que en todo caso pretende evitar la proliferación indiscriminada de pluralidad. La hermenéutica, así caracterizada, se comprende a sí misma como herramienta privilegiada de intercambio de perspectivas, como ética del discurso, capaz de generar consenso respetando los disensos, cuando éstos se anclan en genuinas diferencias. No se trata, entonces, de producir la diferencia por la diferencia, sino

de reconocerla cuando se han efectuado todos los intentos por llegar a un consenso. Esta concepción de la hermenéutica se opone tanto a la interpretación violenta y nihilizadora como al silencio cómplice.

Pero todavía debo dar cuenta brevemente de por qué este modelo es más razonable que aquel defendido por Foucault y gran parte de la postmodernidad. Al respecto diré que una sociedad que se ha vuelto en gran medida pluralista y cuyos horizontes de sentido son cada vez más nebulosos y fragmentarios, necesita del arte de traducir las visiones contrapuestas para una mejor comprensión de la alteridad y de su propio ser. Como lo hiciera notar Savater, vivir en una sociedad plural significa aprender a limitarse, a no sobrepasarse. La hermenéutica de Foucault, se constituye, desde mi punto de vista, en un constante ejercicio de sobreinterpretación en el cual el otro es sistemáticamente negado. Las consecuencias políticas de tal enfoque son muy peligrosas. Una política bien ejercida es aquella que sabe emplear el discurso para conducir las diferencias por un camino pacífico. Podemos decir que la política es el arte de hacer convivir las diferencias, las distintas alteridades en un espacio común, lo que implica la construcción de este espacio común mediante un consenso mínimo.

La actitud que ve en los textos tan solo un conjunto de palabras que hay que violentar y saquear no educa para la convivencia. De entrada su *pathos* es el del conflicto, el choque, la negación de que el otro sea portador de un sentido. Tal actitud considera de manera más o menos implícita que la interpretación es interesante sólo cuando es extrema. Piensa que la interpretación moderada, aquella que articula el consenso, se encuentra desprovista de interés. Desde luego, puede concederse que en algunos casos la interpretación violenta, extrema tiene el valor de sacar a luz conexiones o implicaciones que no habían sido notadas anteriormente. Pero de ahí a transformarla en la regla permanente de la hermenéutica hay un largo trecho. También es oportuno reconocer que muchas veces los textos o las situaciones pueden ser subinterpretadas, y en cuanto tal, perder gran parte de su riqueza. No obstante hay que proceder con cautela en estos casos, pues, según espero haber mostrado, se corre el riesgo de extraviar la sensibilidad hacia la alteridad. Y esto es

algo que en los actuales momentos históricos no podemos hacer sin pagar un precio muy elevado.

Los postmodernos tratarían de rebatir mi argumentación sugiriendo que la clase de lectura propuesta por ellos ayuda a despojarnos de un yo totalmente centrado. Y ciertamente la crítica a esta clase de sujeto es escandalosa para aquellos demasiado plenos de sí mismos. Empero, al respecto estas palabras del crítico literario inglés Terry Eagleton son reveladoras. Dice:

"Si fuéramos realmente capaces de despojarnos del ego centrado más que de disfrutar del acto de teorizar acerca de él, seguramente se abriría una gran posibilidad a favor del bien político. Pero (...) el yo desconstruido tiene aún que demostrar que lo no idéntico puede transformar tanto como subvertir, y los prolegómenos no han sido demasiado auspiciosos."²⁸

En resumidas cuentas, los postmodernos, si bien no Foucault, se han mostrado muy hábiles en destruir y transformar textos, pero nada capaces de modificar la realidad, noción que tienden a rechazar. Y es que, me temo, el desinterés por la realidad, la falta de compromiso, es propio de una clase social que ignora lo que Zubiri en otro contexto llamaba la "mordedura de lo real". Sólo así los textos, en lugar de encaminarse a aclarar la realidad para mejorarla, se vuelcan sobre sí mismos para jugar entre sí. La hermenéutica postmoderna termina haciendo de la violencia interpretativa un simple ejercicio estético y lúdico. En sus manos, la interpretación pierde toda responsabilidad.

²⁸ EAGLETON, T.: *Las ilusiones del posmodernismo*, Paidós, Buenos Aires, 1997, p. 138.